

¿Es a mí?

“¿Es a mí?” — y su voz suave, grave, sin prisa, resuena en el aire mientras se acrecienta el brillo de sus ojos, por debajo de esas cejas expresivas.

Elsa Aguirre voltea apenas hacia su izquierda, permitiendo con sutileza que su probable interlocutor admire su perfil de agraciada fineza. Mira sin ver, hacia un horizonte que se antoja anodino y puesto a sus pies sólo por complacerla. En ese instante sin parpadeos, el universo se concentra en la voluptuosa carnosidad de unos labios que se adivinan carmesí, y en la inusual tentación de enrollar un dedo entre el cairel que se acurruca distraído sobre su oreja, y que hacia el otro lado señala un pequeño lunar, certero punto en un mapa de impoluta lozanía y suavidad. ¡Quién pudiera recorrerlo a besos en ruta hacia el más caro de los deseos! Imagino a aquel que la ha llamado, quedándose de pie a unos pasos de su espalda, impávido, sosteniendo la respiración con tal de no irrumpir en la perfección del momento. Casi puedo sentir su mano empuñada, firme, para evitar el impulso que lo mueve para tocarle el hombro, el breve asomo de cuello, lo dócil del cabello, la tez... ¡Ah, si hubiera viento! Una tormenta con la eficacia de sacarle el sombrero, tan cuidadosamente acomodado sobre su cabeza de Diosa; quizá, así, ella se levantaría para mostrarse ante él con toda su bravía de mujer sensual, y pasaría sus manos por ese azabache dulce que le enmarca el rostro, siempre de tan hermosa manera, incluso ahora que lo trae recogido en un moño muy a la moda de esos tiempos. Pero no, permanece serena, la espalda erecta que levemente reposa en esa silla remachada en piel. Cualquiera artista de la Grecia antigua estaría fascinado por esta escena que se mantiene intacta, por unos minutos que se perpetúan hasta el éxtasis. En la visión que ella ofrece, el paraíso irredento comprueba que el ideal de belleza existe, y que no hay armonía mayor que la de sus facciones de ensueño. Alrededor todo bullicio se acalla, a la espera del más leve movimiento de Elsa, la Flor de Azalea que todos admiran. A lo mejor, de manera instintiva saque un pequeño espejo del bolso, que permanece quieto en la baranda frente a ella, y retoque con delicadeza un imperceptible rubor. Entonces, sus manos de hada harán brotar otros posibles de la imaginación afiebrada, y el silencio que se ha mantenido impune se fragmentará en millones de anhelos de luminoso destello. **Martha Patricia Montero**



© 264814. Autor no identificado, *Elsa Aguirre*, Fondo Casasola, México, 1958, negativo de película de seguridad. CONACULTA-INAH-SINAFO-FN